



*Bajo la misma luna*

Había una vez, en un pequeño pueblo rodeado de montañas y lagos cristalinos, dos almas destinadas a encontrarse. Ella se llamaba Yharet, una joven que caminaba siempre con la mirada hacia el cielo, buscando respuestas entre las estrellas. Él se llamaba Erian, un soñador incansable, con el corazón lleno de promesas y las manos dispuestas a construir puentes cuando todo parecía romperse.

Desde el primer instante en que sus miradas se cruzaron, supieron que algo más grande que ellos los unía. No fue el azar, no fue la casualidad: fue la luna, testigo eterna de las noches en las que ambos, sin saberlo, pedían deseos semejantes.

Los días pasaban, y con ellos llegaron las dificultades. Caminos distintos, voces que decían que su amor era imposible, silencios que pesaban como cadenas. Hubo momentos en los que parecían perderse en la distancia, en la incomprensión, en los miedos que solo los valientes enfrentan. Pero cuando la noche caía y el mundo parecía apagarse, los dos alzaban la vista y recordaban algo: la luna siempre estaba ahí, completa o fragmentada, pero constante, como su amor.

Cada vez que Erian se sentía derrotado, buscaba la luna. Sabía que Yharet hacía lo mismo en algún lugar del mundo. No importaba si había kilómetros entre ellos, si la vida los ponía en esquinas opuestas del mapa. Esa luz plateada era el hilo que los mantenía unidos.

Una noche de invierno, cuando todo parecía haberse roto, Erian escribió una carta que nunca envió. Decía:

*"Si alguna vez dudas, si alguna vez sientes que no puedo seguir contigo, mira la luna. Ella será mi palabra cuando no pueda hablarte, será mi abrazo cuando mis brazos estén lejos. Si me amas, nunca la dejes de mirar."*

Yharet nunca leyó esa carta, pero una extraña certeza la invadía cada vez que miraba el cielo. Sabía que él también la miraba. Sabía que en silencio se prometían seguir luchando, aunque todo pareciera en contra.

El tiempo pasó, y la vida —tan caprichosa— volvió a cruzar sus caminos. No fue en un atardecer romántico ni en un lugar perfecto. Fue en medio de la rutina, donde las historias más grandes suelen renacer. Cuando se vieron, no hizo falta explicar nada: sus ojos brillaron con la luz de todas esas lunas compartidas, de todas las noches en que, separados, se habían acompañado en secreto.

Ese día comprendieron algo que los años, las dudas y la distancia les habían querido enseñar: el amor no se mide por la ausencia de problemas, sino por la fuerza con la que se elige permanecer. Y ellos lo habían hecho, aun sin promesas habladas, aun sin certezas tangibles. Lo habían hecho porque en el silencio y la oscuridad, siempre hubo una luz guiándolos.

Erian tomó su mano y le susurró:

—Nunca nos perdimos, Yharet. Solo estábamos siguiendo el camino de la luna.

Ella sonrió, con lágrimas en los ojos, y respondió:

—Siempre supe que me encontrarías... porque cuando se ama de verdad, no hay distancia, no hay miedo, no hay final.

Y así, bajo la misma luna que los había cuidado desde el principio, sellaron su historia. Una historia que no hablaba de perfección, sino de fe. Porque cuando el amor es real, todo lo puede, todo lo soporta, y todo lo espera.

Desde entonces, cada vez que alguien en el pueblo mira la luna y piensa en alguien lejano, recuerda la leyenda de Yharet y Erian, dos almas que nunca se rindieron. Y el cielo, eterno cómplice, guarda el brillo de un amor que sobrevivió a todo.